

muchos, ni siquiera esa oscuridad que desconcierta en algunos escritores de vanguardia. Hay en él una pobreza de forma que la autora pretende disimular cortando el verso ásperamente, o con trasposiciones rebuscadas de un mal gusto definitivo.

Al azar, para que se aprecie la justicia de lo que afirmamos, hemos cogido el poema «Glorificación de renunciamentos» que aquí transcribimos íntegro:

Mi corazón se adornó
para fiesta de dioses.
Decepción le hizo dar
a sus galas el adiós.

Desde entonces en un lírico
y triste retorno, mi corazón de fiesta
vístese, y, luego se arrepiente
pues teme el encuentro de Icaros...

Entre tanto el gris carruaje de la
[melancolía
donde va esa decepción que fijó su
[dardo,
remueve perdido rastro en la lejanía,
de aquel amor, un instante, esencia
[de salvia.

Viví un poema tal vislumbre de
[lucero,
que fué de la desilusión y la breve-
[dad, holocausto
Insomnes dagas—despuntos de
[tentación—
me esculpen a veces ímpetus rebel-
[des;
pero todo despertar se acalla dur-
[miendo...
y en trono de rosas exangüe
yace glorificación de renunciamien-
[tos.

Creemos que la señora Amanda de Amunátegui no dejará huella, ni hallará sitio que la reciba en la lírica chilena. Y este primer libro que publica y cuya falta de resonancia

hace pensar que será también el último, apenas si quedará como un intento malogrado de una dama entusiasta que no está entre las elegidas.—C. P. S.

LA SELVA SONORA. Poemas orquestales, por *Horacio Zúñiga*.

De «Mirras» y «El minuto azul» nos ocupamos alguna vez en las columnas de «Atenea». Esta «Selva Sonora» (1), intrincada y extensa, con trescientas sesenta páginas bien nutridas de poemas, nos da ocasión para reafirmar nuestro juicio sobre el escritor mexicano.

Sin dominio de la forma, apegado a la hueca manera antigua que tampoco domina, no hay en la obra de este autor mexicano una sola sugerencia inquietadora. Dice todo lo que puede, y en el mayor número posible de versos.

No tienen sus poemas la novedad de la imagen con que las corrientes modernísimas enriquecieron la expresión poética, y su adjetivación es pobre y sin matices. Ni soltura en la versificación tiene siquiera esta Selva Sonora.

Va aquí, en testimonio de lo que decimos, «El poema inefable»:

Como el tesoro brujo del mago
[Alí Babá
que vimos en la gruta del prócer
[cuento azul,
en el silencio muelle que finge un
[suave tul,
el magno relicario dormido y solo
[está.

(1) Talleres tipográficos Gómez y Rodríguez, México, 1933.

Mientras las horas llenan su fino
[canevá
y en la leyenda hay vagos perfumes
[de Estambul,
digérase que escucha la lira de un
[bulbul
que canta una grandeza que nunca
[volverá.

El alma, de rodillas, cual si qui-
[siera ver
el sueño de suspiro de una encan-
[tada flor,
se asoma al rico estuche temblando
[de placer,

y cuando al fin se postra con íntimo
[fervor,
así se abre a sus hondas miradas de
[mujer
el milagroso emporio de lujo y de
[primor

Y a pesar de todo esto, don Juan Manuel Carrillo, en el prólogo que ocupa veintidós páginas, dice con satisfacción:

«La Selva Sonora» coloca a Horacio Zúñiga en el plano, ya no continental, sino universal, de los poetas más insignes de habla española, de ayer, de hoy y de siempre». — *G. P. S.*

C UENTOS

VEINTE CUENTOS BREVES DE UNA NUEVA MORAL, por *A. de Caro*.

Más de una vez, y en estas mismas páginas, comentando la obra de novelistas y poetas mexicanos «revolucionarios», hemos sostenido que la prédica libertaria no cabe en el libro de arte puro, y que sufre en tal pretendido maridaje la belleza artística, sin que la doctrina que se anhela propagar logre tampoco entonaciones convincentes.

El escritor ruso del otro régimen que nos pintaba el ambiente doloroso en que sangraba la vida moscovita, sin sentar doctrina, sin posturas de predicador socialista tuvo en el buen éxito de las doctrinas avanzadas influencia mucho más cierta que el gritón callejero. Por algo ha valido y vale más la sugerencia que el apóstrofe destemplado.

La lectura de estos «Veinte cuentos breves de una nueva moral» (1) nos obliga a insistir en lo que ya dijéramos. Libro de abierta prédica comunista, su autor no ha cuidado la belleza literaria, tal vez porque los fines que con él se propone son políticos, y no de otra índole. Y el libro resulta así opaco, y en muchas ocasiones majadero. Sin novedad de estilo, con la pobre sencillez con que cualquier gacetillero relata el último incendio, A. de Caro, con optimismo asombroso, trata de ganar adeptos para el credo que sustenta. Y acaso consiga su objetivo entre los bajos fondos de cualquiera sociedad suramericana. Pero de ahí a haber escrito veinte «cuentos», hay distancia no despreciable.

El que intitula «Una intervención celeste» termina con estas palabras que transcribimos:

«Lo que se supo después es que el Padre Eterno resolvió, de acuerdo con sus consejeros, enviar a este mundo, no mas un hijo apócrifo, que fácilmente lo sacaría del medio impunemente cualquier criminal de profesión, como son los policías, jueces, carceleros, militares, etc.: sino que muchos nietos, todo los que tiene disponibles allá arriba y

(1) Editorial Tor. Buenos Aires.